

Capítulo 2

Educación intercultural sin la perspectiva del Estado

Benjamín Maldonado Alvarado

<https://doi.org/10.61728/AE24003896>



Introducción

Es común que la educación intercultural y la interculturalidad en general se miren y “realicen” desde la definición que de ellas tiene el Estado nacional, principalmente como un enfoque que debe lograr enseñar el respeto a la diversidad cultural. Precisamente para buscar caminos diferentes, en pos de objetivos contrastantes y distintos, se plantean las formas de interculturalidad crítica y de educación alternativa en el país y fuera de él.

Esta costumbre de pensar lo intercultural desde el Estado, es decir, desde una mirada afín a los intereses de dominación colonial que promueve y protege, hace que lo que podamos llamar “crítico” no lo sea tanto, pues significaría intentar entre otras cosas tratar de fortalecer la resistencia desde los intereses de la dominación. Incluso se está tratando de institucionalizar esta percepción desde la Nueva Escuela Mexicana, haciendo suponer que se puede lograr una interculturalidad crítica desde la política pública del Estado, lo cual está en abierta contradicción con la realidad, porque una educación intercultural crítica es necesariamente contrahegemónica. No puede ser alternativa una educación que sigue los lineamientos del Estado, y el Estado no puede ir contra sus propios intereses y funciones.

Es una costumbre tan arraigada que no es fácil percibirla, sobre todo cuando se trata de hacerlo desde ella misma. En el caso de la educación, es frecuente que se considere alternativa, innovadora o incluso crítica a la educación intercultural, con respecto a modelos anteriores. Y se posiciona como su gran horizonte la lucha por extenderla a todos los niveles educativos, pues congruente con sus intereses, el Estado la ha confinado a las escuelas de educación básica para indígenas, con algunos intentos de abrirla al nivel universitario pero sin permitir que lo crítico y alternativo marque el rumbo de esas universidades. El diálogo entre culturas no es una intención del Estado-nación, salvo como una plática entre desiguales.

Para poder ver mejor la profundidad de esta costumbre, conviene recurrir a una experiencia educativa mexicana que tiene propuestas importantes, para contrastarlas especialmente con la educación llamada intercultural que se ofrece en escuelas públicas a estudiantes indígenas. Las condiciones en que ella surge y se desarrolla son muy ilustrativas. Se trata de algunas escuelas de la comunidad judía en México.

Al revisar sus definiciones públicas podremos percibir y encontrar diferencias sustanciales entre la educación indígena mexicana y la educación judía en México que ayudarán a repensar no solo las características de la educación indígena mexicana, sino sus carencias y posiciones como proyecto político.

Sobre los judíos y su llegada a México

En el mundo hay más de 15 millones de judíos, de los cuales cerca de 7 millones viven en Israel, 6 millones en Estados Unidos y 400 000 en Francia. En México, según el INEGI, en 2020 había casi 70 000 judíos en el país (Enlace Judío, 2020). En Siria quedan unos 100.

En la historia de México se encuentra presencia judía desde el siglo XV (Goldsmi, 2010, Mancera, 2017). Los judíos llegaron a la Nueva España con los invasores europeos, como consecuencia de su expulsión del territorio español en el año 1492; justamente cuando en España terminaba la larga guerra de Reconquista contra los musulmanes y se iniciaba la invasión del llamado Nuevo Mundo, los reyes católicos decretaban la expulsión de los judíos del territorio español, igual que lo había hecho Francia en 1306 o Inglaterra en 1209. El pueblo judío tiene una larga y complicada historia milenaria. No entraremos en detalles de la increíblemente compleja y difícil historia de los judíos, baste ejemplificar algunos aspectos de ella con el caso de los migrantes sirios de Alepo llegados a México.

Alepo es una antigua ciudad ubicada en el norte de Siria, cerca de Turquía. Fundada hacia 1800 a. C. fue un importante paso en la región, conectando a Persia con los países de la costa europea (como Francia, Italia, Holanda e Inglaterra), por lo que se desarrolló como una ciudad multicultural. A principios del siglo XX, más de la mitad de la pobla-

ción era musulmana y el resto eran católicos y judíos. Los judíos vivían históricamente en un barrio de Aleppo y conservaban fuertemente sus costumbres, lengua y tradiciones. Pero las guerras contra los judíos, sobre todo a raíz de la creación del Estado de Israel en 1948 los obligaron a huir y a ver destruidas sus casas y su comunidad. Casi ya no hay judíos en Aleppo ni tienen a dónde regresar.

La mayoría de los judíos alepinos que emigraron a México —casi todos ellos comerciantes de escasos recursos que, en el mejor de los escenarios, concluyeron la primaria— no hablaban español y venían de un mundo regido por preceptos religiosos. Congregados en el barrio judío, con sus tribunales propios, su particular entonación del árabe, lograron construir en Aleppo una vida en torno a la Ley Judía, y desarrollaron un fuerte sentido de pertenencia a la ciudad. En dicha sociedad, más allá de la clase social, del nivel de observancia de las leyes religiosas, de la formación y de la postura frente a la tradición, ser judío era ser comunitario, contribuir a la reproducción del grupo. (Charabati, 2018, p. 65)

Para poder sobrevivir culturalmente y conservar las tradiciones y valores de sus ancestros en un contexto adverso, crearon la Comunidad Maguen David, que después tendría su propia escuela. La diáspora o dispersión de los judíos por el mundo era consecuencia del antisemitismo, lo que los obligó a encontrar nuevos asentamientos. “En el 7º Congreso Sionista celebrado en julio de 1905 en Basilea, Suiza, la República Mexicana fue propuesta como una opción viable para asentamientos judíos” (Goldsmit, 2010, p. 100).

Aunque los conteos oficiales de población judía en general han sido complicados, se tienen datos aproximados sobre su presencia, que para 2020 se calculaba aproximadamente de 60 000 personas.

Tabla 1*Población de religión judía residente en México (1895-2010).*

Año	Hombres	Mujeres	Total
1895	22	4	26
1900	101	44	145
1910	183	71	254
1921	--	--	--
1930	4 851	4 221	9 072
1940	7 189	6 978	14167
1950	9 053	8 521	17 574
1960	50 845	49 905	100 750
1970	24 844	24 337	49 181
1980	31 581	30 209	61 790
1990	28 618	29 300	57 918
2000	22 589	22 671	45 260
2010	33 492	33 984	67 476

Fuente: Mancera (2017, p. 1-2).

Otro estudio ofrece los siguientes datos, que complementan un panorama sobre su presencia.

Tabla 2*Familias judías por comunidad hacia el año 2000*

Comunidad	Familias
Maguén David	2630
Monte Sinaí	2350
Kehilá Ashkenazí	1870
Comunidad Sefaradí	1150
Bet El	1080
CDI (no afiliados)	340
Bet Israel	260
Comunidad Guadalajara	250
Comunidad Monterrey	250

Fuente: Dayan y Roitman (2016, p. 95-96).

Vinieron a México sobre todo a partir de la revolución y se encontraron con un panorama poco amigable, pues el país iniciaría un proceso de definición de la identidad mexicana en la que

los inmigrantes eran considerados admisibles en la medida en que podían asimilarse a la “gran familia mexicana”... En este proceso, los judíos se volvieron “otros” no sólo por ser extranjeros, sino también por no hablar español y por profesar una fe distinta de la católica; a esto se sumaron siglos de estigmatización por parte de la Iglesia, la influencia de las teorías antisemitas basadas en la raza y el rechazo abierto de los comerciantes locales. (Charabati, 2018, p. 64)

Los judíos llegados a México provenían de Europa (los *ashkenazitas*), de Turquía, de Grecia, de los Balcanes (los sefaraditas), de Alepo y Damasco (árabes), con diferencias lingüísticas importantes y encontrarían puntos en común para sobrevivir.

En este proceso pusieron en práctica, una vez más, el concepto de autoayuda y solidaridad conformado a lo largo de su experiencia grupal y en torno al cual gravitan sus normas éticas y morales. De este modo, constituyeron una comunidad, conscientes de que el individuo que desea preservar su identidad judía debe vivir en colectivo. Así fue que, a partir de su llegada a México, los inmigrantes judíos se organizaron con el fin de proporcionar servicios religiosos, educativos, legales, asistenciales, financieros y sociales a sus correligionarios, para continuar profesando su fe en el nuevo entorno y transmitir a las generaciones por venir su legado milenario. (Dayan y Roitman, 2016, p. 92)

Llegaron a conformarse como una comunidad de comunidades (Dayan y Roitman, 2016), aunque sin territorio, que en 1938 se materializó en un Comité Central de la Comunidad Judía de México. Sin embargo:

El esfuerzo de agrupar a todos los judíos en una sola comunidad no fructificó, ya que las diferencias entre ashkenazíes (Judíos provenientes de Europa central y oriental), judíos orientales provenientes del Líbano y Siria y sefaradíes provenientes del Imperio

Otomano no se atenuaron al verse obligados a compartir una sola organización comunitaria. Por el contrario, parecía como si la convivencia avivara la conciencia de las particularidades donde cada sector traía su propio bagaje cultural y deseaba preservarlo. Por ello, consideraron más importante organizarse en términos étnicos y no como congregación religiosa. La sectorización se dio en función de la diversidad de países (incluso ciudades) de origen, y por tanto, de ritos y costumbres particulares: diversos lenguajes —idish, ladino, árabe—, diferencias en la interpretación de la liturgia, rituales, hábitos alimenticios y costumbres propias de cada región así como el énfasis en asuntos religiosos, culturales, ideológicos y/o políticos. (Dayan y Roitman, 2016, p. 93)

Las comunidades que conforman la comunidad judía de la Ciudad de México son las siguientes:

1. Sociedad de Beneficencia Alianza Monte Sinaí, creada en 1912, que agrupa a los judíos originarios de la ciudad de Damasco, Líbano e Israel).
2. Comunidad Ashkenazí, fundada en 1922 como Kehilá Nidje Israel, conformada por judíos de origen europeo.
3. Comunidad Maguén David, establecida en 1938, concentra a los judíos de la ciudad de Alepo, Siria.
4. Comunidad Sefaradí, organizada formalmente en 1941 e integrada por judíos provenientes de Turquía, Grecia y los Balcanes.

Desde su creación, estas cuatro comunidades adoptaron la denominación religiosa de tipo ortodoxa (Dayan y Roitman, 2016, p. 94).

Actualmente, cada comunidad cuenta con escuelas, sinagogas, baños rituales, servicios funerarios, supervisión alimenticia y realizan actividades sociales y culturales para sus miembros.

Con el transcurso del tiempo, las divisiones de acuerdo al origen geográfico se hicieron más flexibles y permeables. Esta transformación se aprecia en el aumento de matrimonios entre individuos que pertenecen a distintas comunidades, que llega al 60%. La mayor parte de los judíos en México se casan al interior de la comunidad. (Dayan y Roitman, 2016, p. 95)

Rasgos de la educación escolar judía en México

Desde chiquitos hasta que llegamos a 3° de prepa, nos meten en nuestro corazón y en nuestro cerebro el hecho de que cuando salgamos de esta escuela tenemos que seguir siendo quienes somos; no importa dónde estés en el mundo, no importa si llegas a ser alguien súper destacado o reconocido mundialmente, la escuela quiere que sepas que es muy importante quién eres tú, recordar de dónde vienes, tu cultura, tus valores, que eres judío mexicano de la comunidad de Siria. (Testimonio de estudiante, en Charabati, 2012, p. 172)

Los judíos en México viven generando vida comunitaria desterritorializada, lo que significa que sus formas de ser comunidad no consisten en compartir una comunidad localizada espacialmente, sino en reunirse desde su dispersión en instituciones comunitarias o comunitarizadoras, es decir, generadoras de vida común, tales como la sinagoga y la escuela, a partir de la fuerza de una cultura común.

Podemos decir que para ellos la escuela es un territorio comunitario, un espacio que brinda la seguridad y sentido de comunidad que necesitan reproducir, por lo que fue una de sus primeras actividades colectivas:

A poco de llegar al país, fundaron la primera escuela a través de la cual legaban a sus descendientes una educación judía tradicionalista y laica. Desde 1924, en el Colegio Israelita de México, se cumplían, desde el kinder hasta el nivel medio superior, los programas requeridos por la Secretaría de Educación Pública, a la vez que se enseñaba historia del pueblo judío, gramática y literatura idish (en aquel entonces la lengua centralizadora de los ashkenazitas del mundo entero). Los planes escolares incluían el estudio de la Toráh dentro de un carácter estrictamente laico. Puede afirmarse que en esas aulas se concretaron las bases para la identidad judeo-mexicana de gran parte de la niñez y juventud ashkenazita.

Muchas otras escuelas surgieron en años posteriores, todas ellas centradas en diversas ideologías y grados de religiosidad: el Colegio Hebreo Tarbut (1942), con marcada ideología sionista; en el

mismo año, la Escuela Yavne, con mayor tendencia religiosa; el Nuevo Colegio Israelita (1949/50), apegado a la ideología bundista; los colegios Monte Sinaí (1963) y Maguen David (1978), de los respectivos sectores comunitarios; hasta llegar a las 20 escuelas en funcionamiento en el año 2008, que abarcan desde el pre-escolar hasta la preparatoria. Una investigación reciente reporta que el 90% de los jóvenes de la comunidad judía asiste a colegios israelitas (Goldsmid, 2010, pp. 104-105).

Es importante notar que para este proyecto propio de educación en contexto de migración, resultaba fundamental respetar las reglas del país receptor pero sin dejar de lado lo propio, aunque contradijera algunas de esas reglas, como el carácter laico de la educación.

Los colegios que aquí consideramos son los siguientes, todos ubicados actualmente en la zona poniente de la Ciudad de México (Cuajimalpa-Huixquilucan):

Las Escuelas consideradas en este texto y su año de fundación son las siguientes:

- Escuela Yavne Shio y Anita Mondlak (1942)
- Colegio Hebreo Tarbut (1942)
- Colegio Hebreo Maguen David (1978)
- Universidad Hebraica (1992)

Los primeros colegios judíos de educación básica en México fueron creados por ellos mismos hace ya más de 80 años, y medio siglo después lograron abrir su universidad, todos como instituciones privadas.

En sus páginas web encontramos datos y definiciones que son relevantes y para considerar:

La Escuela Yavne Shio y Anita Mondlak

En su sección Línea del Tiempo, esta escuela empieza diciendo que en 1942, por

iniciativa y lucha de un grupo de Askanim Ashkenazim dirigidos por el Rabino Rafalín y el presidente de la Kehila Don Jacobo Katz,

se fundó la Escuela Yavne, el primer colegio religioso y sionista de México. Se abrió el colegio con un total de 48 alumnos, repartidos entre el jardín de niños y cuatro clases de primaria en el antiguo local de Jesús María No. 3. El plantel docente estaba constituido por apenas 8 personas. Ese mismo año se incorporó a la SEP.

Continúa informando que en 1950

se estableció en el colegio la Yeshiva Or Israel bajo la tutela del Rabino Rafalín, en la que grupos de alumnos se reunían por las tardes participando de un estudio más serio del Talmud. Y que siete años después “contaba ya con aproximadamente 700 alumnos y un grupo docente de 100 maestros y empleados administrativos. Era el único colegio religioso con preparatoria en toda América Latina”.

Destaca la información referente a que fue el primer colegio sionista de México. Esto significa que seis años antes de que se creara el Estado de Israel, los judíos refugiados en México unas décadas antes ya habían creado una institución educativa que promovía la ideología política del movimiento sionista internacional y continúan vinculados a él.

A su vez, el Colegio Hebreo Tarbut fue creado también en 1942 por un grupo de “visionarios como respuesta a la necesidad de promover cultura, identidad judía y conocimiento”. En su página ofrece información en español y en hebreo.

Por su parte, el Colegio Maguen David, en su sección de Memoria Histórica señala que:

Nuestro colegio fue fundado con el fin de brindar una formación de excelencia, siempre llevando de la mano una educación bicultural, siendo la Educación Judía la razón de ser y fundamento del proyecto educativo del Colegio. Junto con 12 escuelas más de la red judía en México, somos parte del Vaad-Hajinuj México.

Hay en este texto dos puntos que quiero destacar: El primero es su definición implícita de educación intercultural, en la que optan por el biculturalismo, pues no se busca un tipo de reconocimiento y valoración dentro de la sociedad mexicana sino la construcción de un sujeto

bicultural, mexicano y judío, lo que permite entender la fuerza que tiene considerar a la educación judía como el ser y fundamento de la educación. Lejos de temer el encuentro con el otro, lo buscan, y allí encontramos implícita la definición del objetivo de la educación judía: fortalecer el ser judío y sobre ese eje articular el ser mexicano. Desde adentro del proyecto, la valoración de la diferencia cultural, es decir lo mexicano principalmente, es una valoración positiva y una búsqueda de relación para ser también mexicano, al mismo tiempo que judío. Y no se trata de una educación nacionalista mexicana que pretenda valorar la diferencia cultural judía, sino al revés.

El segundo punto es la información acerca de la existencia de una red de escuelas judías articuladas en una institución propia, llamada en hebreo Vaad-Hajinuj. Se trata del Consejo Directivo de Educación Judía en México, que inició operaciones en 1952 y en el que están representadas las escuelas de todos niveles de la Comunidad Judía de México (<https://www.vaadhajinuj.com/nosotros>). Esto es importante pues deja ver que la fuerza del proyecto educativo propio se sustenta en una organización que coordina todo el proyecto educativo, dentro de sus diferencias.

En la información sobre la Misión de las escuelas, sus definiciones también son relevantes para nuestro fin.

La escuela Yavne la expone así:

Formamos individuos responsables e íntegros, guiados por los principios del judaísmo ortodoxo, sionista y moderno, comprometidos con la sociedad mexicana y la comunidad global.

Se promueve el amor por la Torá, Medinat Israel y Am Israel, valorando la riqueza de las diversas opiniones y personas que lo conforman.

Se proporciona un ambiente cálido, respetuoso y empático, donde cada alumno puede desarrollar su liderazgo y habilidades para impactar positivamente su entorno.

Se facilita un entorno académico que estimula el interés, la curiosidad y el pensamiento autónomo de los estudiantes.

Destaca su intención explícita de ofrecer una formación religiosa y política. El amor por la Torá es el amor por su principal libro religioso,

un libro doctrinario equivalente a los cinco primeros libros de la biblia católica, y obviamente amarlo en una escuela significa estudiarlo.

El Colegio Tarbut es más preciso en cuanto a sus intenciones políticas y culturales: es una escuela sionista, que forma a sus estudiantes en el compromiso con el Estado de Israel, al mismo tiempo que se compromete a promover la tradición judía y su lengua, pero articulando esto con su actual pertenencia a México y lo mexicano:

El Colegio Hebreo Tarbut es una institución educativa judeomexicana, sionista, de excelencia académica y altos estándares éticos, en un entorno intercomunitario. Forma en cada uno de sus estudiantes identidad y compromiso con México, con el Estado de Israel y su cultura, con la tradición judía y el idioma hebreo, conservando un profundo sentido humanista con valores universales. El Colegio se compromete a impartir a sus estudiantes educación de calidad para contribuir a su desarrollo humano.

Esta definición, desde una perspectiva mesoamericana, resultaría sorprendente. Por ejemplo si dijera algo así, pensando desde un ámbito oaxaqueño: La escuela indígena forma en cada uno de sus estudiantes identidad y compromiso con México, con la nación zapoteca y su cultura, con la tradición comunal mesoamericana y el idioma originario. Para ello debería tener similares condiciones: una nación reconocida al menos por los zapotecos, un proyecto como pueblo y comunidad, expertos en la formación cultural, comunal, espiritual y lingüística zapoteca. Es decir, un proyecto propio que no existe.

En cuanto al Colegio Maguen David, su propuesta es más pedagógica:

Brindar a cada uno de los alumnos una educación emocionalmente convocante e intelectualmente desafiante para que sean aprendices permanentes, innovadores y sujetos generadores de cambio. Formarlos para que desarrollen una identidad judeo-mexicana y una conciencia crítica basada en los valores del judaísmo, que les permita asumirse como ciudadanos del mundo para vivir desde una actitud de compromiso y respeto hacia sí mismos, hacia la diversidad y hacia la sociedad en su conjunto.

En los tres casos aparece la relevancia de la identidad judeomexicana. Esta es una precisión explícita del interés del proyecto educativo judío por articular su nueva pertenencia con su identidad primordial, que es la judía. Específicamente un biculturalismo que resolverá cada persona: ser mexicano y ser judío significa ser mexicano sin ser católico, lo cual es posible por el desarraigo territorial. Esa identidad no es simulación, como lo fue aparentar la conversión o marranismo. Se llamó “marrano” a los judíos españoles que aceptaban públicamente convertirse al catolicismo para evitar ser asesinados por la Inquisición pero que en el fondo continuaban practicando sus costumbres judías y mantenían ocultas sus creencias (Lomba, 2012). Aunque la palabra se usó en forma despectiva, en la realidad se trataba de una forma de resistencia, reconocida en el origen propio de esa palabra:

El origen hebreo de la palabra proviene de la unión de dos palabras “mar” (מֵרַם) que significa amargo y “anus” (חִירְכָּה) que significa forzado y se pronuncia maranus. Al escucharlo los españoles de los judíos, asociaron la impureza de la sangre de los conversos desde el punto de vista religioso, con la impureza del cerdo e impusieron el nombre a los mismos, a modo de escarnio a estos conversos y a sus descendientes. (Enlace Judío, 2016)

La degradación de los judíos y de lo judío en España medieval aparecía en múltiples imágenes mediante las que se justificaba la agresión y desprecio hacia esos seres inferiores (Molina, 2024), pero culturalmente resistieron la brutalidad de la persecución a la que han sido sometidos.

En cuanto a la Visión con que proyectan sus instituciones, destaca el carácter que podríamos llamar etnopolítico, en el sentido de que se refiere fundamentalmente a la identidad étnica y al proyecto de nación que promueve el Estado de Israel. En sus páginas web se leen las siguientes definiciones:

Consolidar a la Escuela Yavne como una Institución educativa reconocida por su excelencia académica orientada hacia la mejora permanente, encaminada a la formación de líderes con valores dotados de una sólida identidad judía y un fuerte vínculo con su país y el Estado de Israel.

El Colegio Hebreo Tarbut es una institución líder en educación judía en la diáspora, por el perfil de sus estudiantes y egresados, por el profesionalismo de su equipo, por la calidad de la enseñanza-aprendizaje centrada en el humanismo, por involucrar a los padres de familia como socios, por su actualización y renovación continua.

El Colegio Hebreo Maguen David es una institución dinámica, que aspira a promover en cada uno de los alumnos los aspectos emocionales, intelectuales, sociales y espirituales para el desarrollo de sus fortalezas y la construcción de una identidad judía sólida y un vínculo afectivo con el Estado de Israel. Trabajamos para que cada uno de los alumnos descubra sus intereses, desarrolle sus talentos y logre vivir en comunidad una vida plena y significativa, aportando sus conocimientos, actitudes y valores a la sociedad mexicana, a la comunidad judía y al mundo en general, en el ámbito social, cultural y laboral, mostrando un compromiso ético y moral.

La intención de las tres escuelas revela la importancia que tiene la institución escolar en la formación colectiva de niños y jóvenes en su cultura y en su proyecto histórico. Fortalecer la identidad grupal, étnica, como judíos en un espacio exclusivo para la comunidad judía, es decir, fortalecer los conocimientos, valores y actitudes propios de una comunidad, en un espacio comunitario.

Aspectos a destacar del modelo educativo

Es importante señalar que los tres colegios hasta aquí considerados (Tarbut, Yavne y Maguen David) ofrecen estudios desde educación inicial hasta bachillerato, todos con validez oficial.

El Colegio Tarbut expone claramente sus fines educativos:

El egresado del Colegio Hebreo Tarbut es un pensador activo y flexible que enfrenta la realidad sin conformismos. Guiado por los valores judeomexicanos sionistas, fusiona las raíces de la cultura judía, la mexicana y el sionismo, comprometiéndose con valores tanto milenarios como contemporáneos.

Esto se encuentra sustentado en sus principios judeomexicanos, que exponen en el interesante y extenso texto siguiente:

NUESTRA IDENTIDAD: Judaísmo, intercomunidad, sionismo. Nuestra misión educativa se centra en la formación de individuos que no solo se destaquen académicamente, sino que también estén profundamente arraigados en su identidad judía. Para lograr esto, incorporamos diversas actividades y programas que refuerzan los valores y las tradiciones judías en el día a día de nuestros estudiantes. Desde la celebración de las festividades judías, donde se viven y se enseñan las historias y costumbres que nos definen, hasta el estudio de textos sagrados y la historia del pueblo judío, cada aspecto de nuestra educación está diseñado para fortalecer la identidad judía de nuestros alumnos.

La vida educativa en nuestro Colegio se enriquece a través de la interacción comunitaria. Los estudiantes participan activamente con otras instituciones de la red escolar judía de México. Destacamos su participación en el Festival Aviv, un importante evento de danza, y en el Jidón Tzionut (concurso de oratoria), reafirmando nuestra identidad sionista. Además, el Colegio se involucra en iniciativas comunitarias de Tikún Olam, promoviendo una conexión constante con la comunidad judía mexicana. Somos un colegio intercomunitario, donde alumnos de diversas comunidades de la comunidad judía de México se integran y conviven en un mismo entorno, enriqueciendo sus conocimientos mutuamente y formando amistades y relaciones intercomunitarias que perduran para toda la vida.

En nuestro colegio, el sionismo es fundamental. Organizamos charlas, seminarios y actividades que exploran la historia y el impacto actual del movimiento sionista, guiadas por expertos y líderes comunitarios. Estas iniciativas no solo promueven un entendimiento profundo del sionismo contemporáneo entre nuestros estudiantes, sino que también los preparan para ser defensores informados y comprometidos de Israel y del pueblo judío. Además, el estudio del hebreo es central en nuestra identidad sionista. No solo enseñamos el idioma como una herramienta de comunicación, sino como un vínculo vivo con nuestra historia y con el Estado de Israel. Dominar el hebreo permite a nuestros alumnos

acceder a textos sagrados, literatura contemporánea y medios de comunicación israelíes, fortaleciendo su conexión personal con la cultura y la herencia judía.

Nuevamente, si las escuelas de algún pueblo mesoamericano desarrollaran planteamientos similares en un proyecto propio, estaríamos ante una propuesta de diálogo intercultural desde abajo y no desde el Estado.

Por su parte, el Colegio Yavne no tiene empacho en mostrar el lado religioso de la educación que imparte. Al hablar de su modelo educativo dice: “El judaísmo se vive de una manera vivencial y significativa con propuestas activas que acercan al alumno a Dios y a Israel, generando un espacio de aprendizaje e identificación con los preceptos de la Torá, nuestras tradiciones y la cultura judía”.

Su bachillerato está incorporado a la UNAM en la modalidad de Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH) y cuenta con un Centro de estudios de Israel, que es “visitado por todos los alumnos de la Escuela, desde primaria hasta preparatoria para participar en actividades educativas y vivenciales. Da a los alumnos la oportunidad de vivir el presente israelí a través de canciones, vídeos y distintos materiales”.

El Colegio Maguen David ofrece kínder en cinco años, primaria en seis y bachillerato en seis, estando reconocidos sus estudios de educación básica por la SEP y de educación media superior por la UNAM. Tiene un área judáica basada en tres temas: el libro sagrado Torá, la lengua hebrea y la historia judía, variando la distribución de horas según los grados.

El programa de Historia del Pueblo Judío del CHMD parece compartir con las corrientes seculares la idea de que el judaísmo no es solamente una filosofía ni una ética, sino un hecho histórico. El estudio de la historia del pueblo inicia con la Biblia para seguir las huellas de los judíos en los diferentes países —en los que establecieron relaciones con otras culturas, realizaron intercambios fructíferos, fueron víctimas del antisemitismo—, y llega hasta la actualidad israelí. Los temas que privilegia este programa —Israel (antiguo y moderno), la Diáspora, el antisemitismo, el hebreo y el Holocausto— atraviesan la identidad judía. (Charabati, 2018, p. 74)

Mención aparte merece la Universidad Hebrea, creada en 1992. Aunque no es la principal opción de estudios universitarios de los jóvenes judíos, muestra la solidez de la oferta educativa que refuerza el proyecto general de educación judía.

Su Misión y Visión siguen la línea de lo expuesto en las de los tres colegios anteriores:

Misión. “Somos una institución académica dedicada a transmitir y crear conocimiento y valores conectados con la herencia intelectual, cultural, espiritual del pueblo judío.

Contribuimos a desarrollar y empoderar el liderazgo educativo y comunitario de la comunidad judía de México y del mundo de habla hispana, en diálogo con la sociedad mexicana, el Estado de Israel y el mundo”.

Visión. “Ser la institución académica líder del mundo de habla hispana en la enseñanza de los estudios judaicos, la lengua y cultura hebrea, la educación innovadora y las áreas de conocimiento que contribuyen a la mejora del mundo (tikun olam).

Ser la plataforma central para la colaboración entre instituciones académicas de Israel, México y del mundo de habla hispana”.

Con una matrícula de más de 500 estudiantes cuenta con programas de pregrado y posgrado, divididos en cinco departamentos y áreas académicas: Estudios Judaicos, Educación Judía y Hebreo, Bienestar y Psicoterapia, Educación, Innovación. Destacamos dos de ellos:

El Departamento de Estudios Judaicos incluye programas académicos, acreditados ante la SEP, como la Maestría en Estudios Judaicos y la Especialidad en Pensamiento Judío Moderno, así como diversos cursos y seminarios de educación continua. También formamos docentes en Estudios Judaicos para la red educativa comunitaria y para diversas instituciones académicas. Gracias a la Maestría en Estudios Judaicos en la modalidad en línea, estamos alcanzando a un público del interior del país e internacional, cada vez más amplio y diverso.

La formación docente en judaísmo es una de las vertientes importantes de esta universidad, reforzando la orientación de la educación escolar en el otro nivel dado que:

Más de 10 mil niños y jóvenes en México estudian en nuestras escuelas. Tenemos la misión y el reto de reclutar profesionales del más alto perfil, con vocación de servicio y comprometidos con la continuidad y la educación judía de México.

En el caso de la Educación Judía son importantes los “Enfoques clave del departamento:

La alfabetización judía como puerta de entrada esencial al conocimiento, comprensión y participación en la cultura judía.

Conciencia y compromiso con el pueblo, la nación y el Estado judíos.

Unidad sin uniformidad.

La creación de lugares seguros y valientes que consideren las sensibilidades individuales y al mismo tiempo se esfuercen por movilizar al individuo judío fuera de su zona de confort revisando sus propias ideas y certezas.

El pluralismo, la diversidad y la colaboración judíos (tanto a nivel individual como institucional) son primordiales.

Se precian de contar con el “único programa de posgrado en educación judía en el mundo”.

Para concluir, hemos recogido someramente elementos de la educación judía en México que nos animan a revisar características clave de la educación indígena intercultural en México.

Conclusiones

La educación indígena en México se ha desarrollado bajo un discurso estatal que se ha injertado en los indígenas. Es concebida ante todo como un derecho y una obligación, de manera que al cumplir con su obligación el Estado está atendiendo el derecho de los pueblos originarios a la educación pública, gratuita, obligatoria y laica, importando más el

cumplimiento que la calidad y pertinencia del cumplimiento, es decir, priorizando las cifras de la precaria oferta por encima de la más pobre calidad de ella.

Es una necesidad porque los indígenas se han reconocido ignorantes, tal como los concibe el Estado y la cultura occidental, y para librarlos de esa condición nociva que es la ignorancia ofrece escuelas, maestros y planes educativos, que los indígenas exigen como un derecho. Así, ha quedado en manos del Estado la orientación educativa. La conquista de un derecho se queda en lograr tener escuelas para aprender lo necesario, aprender a ser lo razonable y aprender a pensar y expresar lo útil.

Bajo ese razonamiento funciona la educación indígena mexicana. En la escuela se buscan conocimientos que no se tienen, como la lengua y saberes hegemónicos, científicos, válidos, porque la institución escolar fue promovida masivamente para imponer esa política de gobierno. En oposición al proyecto gubernamental, maestros de diversos estados, como Oaxaca, impulsan un tipo de educación alternativa, comunitaria, que a pesar de su relevancia no es un proyecto indígena ni surge desde las comunidades, sino desde la perspectiva crítica del magisterio. Así, la educación indígena no es orientada por un proyecto indígena.

Por su parte, los judíos en México no han exigido al gobierno mexicano que le dé educación judía, no han luchado por el derecho a la educación intercultural que valore lo judío, sino que han creado escuelas propias, privadas, para desarrollar en ellas modelos adecuados a sus intereses como pueblo. Desde su diferencia han construido un proyecto que fortalezca su diferencia unida con lo mexicano: lo que son con lo que quieren ser. No buscan valorar lo mexicano ni ser valorados por los mexicanos sino generar un ámbito de coexistencia desde lo judío.

Los pueblos indígenas tienen derechos (han logrado tenerlos) pero no los ejercen ni hay estructuras para hacerlo. Pero los miembros de otros pueblos en México, como los judíos, sí lo hacen. Una estrategia indígena sobresaliente ha sido la de ejercer los derechos en vez de exigirlos, como sucede en el caso de la comunidad purépecha de Cherán. Desde esa perspectiva habrá que pensar si los derechos son un obstáculo para el logro, y en ese sentido considerar si se han convertido en un recurso de la dominación, es decir si desde la dominación se han manejado para mediatizar las luchas y confundir sus objetivos.

Como lo muestra el caso de los judeomexicanos, el fin de la educación propia es la reproducción cultural del grupo desde lo propio y ese no es el fin de la educación pública, que está diseñada y organizada para la reproducción de la dominación social capitalista. La educación propia está orientada desde abajo, desde los intereses, historias y miradas del grupo que se apoya en la escuela para reproducirse como cultura en un escenario diferente al propio, y que se van apropiando.

En esa perspectiva, las universidades y los intelectuales originarios en México tienen que dejar de pensar desde la institución escolar para mirar desde su cultura y reordenar la educación. Para eso requieren de intelectuales, proyecto, interés de la comunidad, apoyos para incrustarse en el sistema educativo sin perder el rumbo.

Para percibir las características del proyecto educativo estatal para los indígenas es que resulta interesante revisar las características de un proyecto educativo alterno, como el judío, para aprender por contraste de algunas de ellas, recordando que a pesar de las deficiencias censales, no hay más de 60 000 judíos en el país.

Proyecto educativo propio, con estructura institucional

Lo primero que se percibe es que si la educación tiene por función la reproducción cultural de la sociedad, los judíos toman en sus manos el diseño de la educación para conducir el proceso reproductivo, sin violar las reglas que impone el sistema educativo mexicano.

Las escuelas judías tienen modelos educativos propios, estructurados con base en su ser cultural que es profundamente religioso. No tienen forma de desligar el saber del creer, el conocimiento de la espiritualidad que lo sustenta, de manera que la educación que imparten es religiosa, sin que eso contradiga el carácter laico que impone el Estado mexicano.

Cumplir con los planes y programas oficiales de estudio junto con actividades extracurriculares que fundamenten lo propio es la estrategia seguida. Para lograrlo requieren de docentes aptos para ambos tipos de educación, y los tienen. Cuentan con muchos intelectuales judíos expertos en temas religiosos, históricos y culturales.

Todo esto se sustenta en una estructura propia, porque sus escuelas ofrecen educación judeomexicana desde inicial hasta universitaria y

además cuentan con una institución propia, el Vaad-Hajinuj, que aglutina a todas las escuelas vinculándolas entre sí y con otras escuelas judías del mundo. Además, la Universidad Hebrea los articula con el mundo académico con el que desean vincularse.

Esto es posible porque son escuelas privadas, que no dependen absolutamente del proyecto educativo del Estado mexicano. En otras palabras, han sabido construir un proyecto educativo propio dentro del sistema educativo mexicano. En contraste, tenemos que la educación indígena en México no cuenta con una estructura que atienda todos los niveles (secundaria es el menos atendido) y tampoco cuenta con planes y programas de estudio pertinentes a las culturas originarias. Esto sucede porque los indígenas no han tomado en sus manos la conducción del proceso educativo de sus niños y jóvenes. Y en esto tiene mucho que ver que no cuenten con un Consejo Educativo general y de cada pueblo que piense y promueva una educación pertinente y adecuada para su reproducción cultural.

El proyecto educativo de los judíos en México empieza en sus familias, continúa en sus escuelas y se revisa y articula en su consejo educativo, consistiendo en una sólida formación judeomexicana desde antes de preescolar hasta el bachillerato, que continúa en su universidad pero que brinda bases a los jóvenes para estudiar en cualquier universidad del país o del mundo teniendo los pies no en la tierra sino en la cultura.

En el caso indígena mexicano, no hay proyecto educativo propio. La educación mexicana no inicia en la familia ni se refuerza en ella, y la educación propia no tiene lugar en las aulas. La estructura del sistema escolar es caótica, pues aunque hay muchas escuelas de educación indígena sigue habiendo niños de preescolar y primaria que deben acudir a escuelas no indígenas, pero sobre todo que no existe secundaria indígena, los bachilleratos con modelo indígena o comunitario son claramente insuficientes y en el nivel universitario apenas empieza a haber oferta educativa en expansión. Pero en todo caso, se trata de la oferta del Estado con un modelo diseñado por el gobierno federal. De ninguna manera estas escuelas tienen un modelo generado por los sabios de los pueblos mesoamericanos.

Identidad judeomexicana

La intención reiterada de las escuelas judías en México es formar a sus estudiantes en una identidad judeomexicana, lo que indica con claridad que el proyecto del pueblo judío en México ha sido ser judeomexicanos. Se trata de una identidad bicultural, que se busca construir desde abajo como una forma de ser mexicano y judío, es decir, asumir la pertenencia al mundo judío y a la nación mexicana, reconocer y valorar que son judíos y mexicanos. Esto me parece que significa la posibilidad de articular lo mexicano en torno a lo judío y no al revés. Y obviamente no se trata de crear un mestizaje o sincretismo del que resulte una especie de judaísmo popular. Se trata de ser plenamente judío en México, siendo mexicanos por nacimiento y judíos por naturaleza cultural.

La compenetración de lo mexicano entre judíos se refleja por ejemplo en la letra de la canción ranchera “Mi Ciudad”, cuya letra que pinta con profundidad el paisaje de la Ciudad de México fue escrita por el músico judeomexicano Eduardo Salamonowitz.

Esta identidad no está definida con base en un territorio de pertenencia sino de adopción. No tiene que ver con su comunidad de origen, dado que todos son migrantes y casi ninguno tiene vínculos familiares o de propiedad con su comunidad de origen. Sin comunidad originaria, la identidad es construida con base en las nuevas formas de ser comunidad, es decir, radicar en México y ser parte del pueblo judío. La falta del territorio originario obliga a tener en la cultura la fuerza necesaria para seguir siendo pueblo. Por ello la lengua, la religión, los rituales, los conocimientos tienen como espacio la escuela, la familia, la sinagoga, porque si no siguen vivos en estos espacios simultáneamente, la cultura se debilitaría y no tendría el sustento comunitario territorial para recuperarse.

En otro sentido, las escuelas mexicanas y el discurso gubernamental pretenden imponer a los indígenas la identidad mexicana como la principal, lo cual funcionó durante décadas como desplazamiento de la identidad propia, como la desaparición de la identidad originaria en la mexicana y más recientemente como la construcción de una identidad intercultural, en la que lo originario perviva junto con lo mexicano. El objetivo ha sido reconfigurar la identidad indígena con una fuerza y

constancia coloniales para tratar de desligarlos de sus territorios comunitarios, debilitando su cultura y su ser como pueblo.

El llamado mestizaje o descaracterización étnica ha sido el resultado del triunfo colonial sobre la resistencia indígena, lo que se refleja en la reconfiguración de la identidad, pero es fundamental revisar la presencia de lo colonial en la configuración de la identidad indígena en resistencia. Sobre todo, reconocer las instituciones propias desde las que se reproduce la cultura y las formas en que las instituciones coloniales han avanzado en la imposición de su cultura.

Educación bicultural multilingüe

En el aspecto pedagógico, la definición de la educación judía mexicana es ser bicultural porque lo que han querido lograr es ser mexicanos y seguir siendo judíos. Para lograrlo, se tienen que aprender las dos formas de ser. Y su proyecto es educación judía en un contexto escolar de educación nacional mexicana. Para ello, aplican los planes y programas de estudio del sistema oficial mexicano y también imparten cursos, pláticas, talleres, viajes que fortalezcan su formación familiar en lo propio. Esto es muy importante porque la escuela es organizada como una institución en la que se reúnen cotidianamente niños y jóvenes judíos que viven dispersos en la ciudad para reconocerse como miembros de un pueblo, cuya reproducción cultural se realiza en la casa y que a falta de una comunidad territorial encuentran en la escuela un importante espacio de socialización de lo propio, un ámbito para saberse comunidad.

Y si bien la formación judía es sólida porque se realiza en espacios propios como la familia y la sinagoga, la articulación con lo mexicano se promueve principalmente en sus escuelas. Podemos decir que aprenden a ser mexicanos en buena medida en la escuela, al participar en un sistema educativo nacional cuyos contenidos promueven lo mexicano y lo “universal” igual que a la población mexicana no judía, y lo hacen siendo colectivamente judíos.

Así, la identidad construida expresa una forma de ser judíos sabiendo ser al mismo tiempo mexicanos, y logrando una especie de reconocimiento a su mexicanidad a través de los certificados oficiales de estudios.

La escuela colectiviza lo mexicano con lo judío más que cualquier otra institución de reproducción cultural, y con la característica bicultural que desarrollan logran conciliar lo mexicano con su ser judío.

En el caso de la educación indígena en México, ella no ha sido creada para colectivizar lo mexicano con lo mesoamericano sino para imponer lo mexicano mediante el combate y persecución de lo mesoamericano. La escuela no ha sido un espacio para fomentar la reproducción cultural indígena sino para inhibirla, mediante el acoso y el desprecio. Y la fuerza indígena para resistir desde lo mesoamericano ha estado más en la comunidad que en la familia. El efecto del colonialismo ha sido más intenso en la familia que en la comunidad. La vida comunal es fuerte a pesar de que no tenga la misma fuerza en todas las familias de la comunidad. La migración reconfigura vidas familiares que en muchos casos debilitan la vida comunal, pero esta vida comunal resiste y se reproduce en espacios colectivos como la asamblea y la fiesta.

El Estado mexicano concedió educación pública y masiva a los indígenas desde hace un siglo, y esa educación ha tenido como objetivo la castellanización, que durante sus primeras décadas logró el desplazamiento de lenguas y culturas en muchas familias y lugares, y ante las primeras demandas indígenas adoptó el modelo bilingüe-bicultural que utilizó para continuar la castellanización etnocida. Y con el siglo XXI la transformó en educación intercultural, sin que esto significara un cambio sustancial en su intención colonial. Como lo muestra la experiencia judía, la reproducción cultural propia no puede venir del Estado ni se le puede solicitar, porque no es parte de su proyecto ni lo será mientras siga siendo un Estado-nación.

El caso de la lengua es evidente: luego del desprecio por los “dialectos” de los analfabetas y su combate, el Estado aceptó valorar sus lenguas y reconocerlos como bilingües. Esta estrategia obligó a los lingüistas a estudiar los procesos de desplazamiento y sustitución que se impulsaban en nombre del bilingüismo y que mostraban el mismo fondo etnocida que la castellanización directa. En todo caso, estamos ante la forma en que el Estado mira y maneja las lenguas mesoamericanas y no ante alguna forma en que sus hablantes revisen su condición.

En la educación judía, el carácter propio del proyecto formativo considera al egresado como políglotas que además de manejarse en su lengua

hebrea (que es la lengua oficial del Estado de Israel pero no la única que han hablado los judíos), aprenden español, inglés y alguna otra lengua de su conveniencia, como el francés.

Vínculo con el Estado de Israel

También en todos los casos, las escuelas judías expresan su voluntad de mantener vínculos con el Estado de Israel. La filiación sionista aglutinó a los judíos en un horizonte nacionalista, buscando tener un Estado para su nación. El problema es que lo pretenden hacer despojando a los palestinos de su territorio. Pero lo que nos interesa es observar la importancia de querer ser pueblo en un territorio propio, gobernado por un Estado judío.

El nacimiento del moderno estado de Israel a fines de los años cuarenta del siglo pasado, y la ideología que durante décadas previas lo gestó, actuaron como factor de cohesión de la comunidad judía de México, que abrazó el sionismo con diversos grados de intensidad; sus miembros efectuaron grandes esfuerzos para la concreción de la nueva entidad política, lo cual generó un sentimiento de solidaridad y un sentido de pertenencia que continúa hasta la actualidad: “el sionismo penetró dentro del imaginario colectivo actuando como factor de identidad grupal y solidaridad ante una empresa común y como eje articulador de la vida judía organizada”. (Bokser, 1992, p. 329).

Para las jóvenes generaciones, la creación del Estado de Israel posibilitó una identificación secular con el judaísmo basada en un sentimiento nacionalista, y no única y exclusivamente en parámetros religiosos y tradicionales. Sin embargo, aunque el 83% de los judíos mexicanos ha visitado la tierra de sus antepasados, pocos han emprendido un proceso emigratorio significativo.

La relación afectiva que una parte importante de la comunidad judeo-mexicana muestra hacia el Estado de Israel, una virtual patria espiritual, desdibuja los límites entre pertenencia cultural y filiación nacionalista, y es percibida externamente como una doble fidelidad. Curiosamente, esta percepción negativa no se presenta frente el apego a la tierra ancestral de otras comunidades

de inmigrantes, por ejemplo descendientes de Líbano o de ibéricos hacia España, la madre patria. Durante los recientes conflictos en el Medio Oriente, los ataques mediáticos, tanto anti-israelíes como anti-judíos, han propiciado una exacerbada empatía de la comunidad judeo-mexicana hacia el Estado de Israel. (Goldsmit, 2010, pp. 115-116)

Para el tema que estamos tratando, más allá del movimiento sionista (Schoenman, 1988), lo importante es considerar esto en función de la insistencia en el carácter judeomexicano. Tal vez estamos frente a un tipo de binacionalismo en el que ser judío consista en sentirse parte del Estado de Israel al mismo tiempo que saberse y sentir ser parte del Estado mexicano. Ser pueblo de México y pueblo de Israel y sentirse parte de ambas naciones tal vez sea algo similar al binacionalismo de los migrantes mexicanos en Estados Unidos que logran tenerlo, pero no parece que ese binacionalismo mexicano consista en saberse y querer ser parte de los dos pueblos.

Y en el caso de los indígenas mexicanos es más claro que la discriminación no ha sido una condición propicia para sentirse y enorgullecerse de ser mexicanos. Peor aún, la escuela ha sido un canal fundamental para hacerlos avergonzarse de ser indígenas, de generar una identidad negativa que contribuye a desdibujar su fuerza como pueblos mesoamericanos.

Además, los indígenas no tienen un Estado propio ni buscan tenerlo, pero tampoco tiene una estructura que represente legítimamente a cada pueblo.

La escuela como comunidad

A diferencia de la escuela indígena, las escuelas judías funcionan como comunidades que dan un soporte territorial a los miembros del pueblo judío. La escuela es propia, donde circula la lengua y el pensamiento propios dentro de la cultura antigua, en convivencia con la lengua y saberes nacionales hegemónicos. Y lo que más importa de estas instituciones es su existencia, más que los conocimientos que circulan, porque esos conocimientos son fuertemente reproducidos en otros ámbitos como la familia y la sinagoga. Por ejemplo, en el Colegio Maguen David:

Se elaboran programas educativos con contenidos de religión, historia y lengua hebrea para cumplir con su objetivo prioritario: fortalecer la identidad judía enmarcada en los valores y tradiciones de la comunidad judeoalepina de México. Sin embargo, los padres no les conceden importancia a estas asignaturas, los alumnos manifiestan su desinterés, y los maestros se sienten frustrados por la falta de reconocimiento a su labor. Esto no parece afectar la transmisión de “lo judío”, pues los alumnos se declaran judíos sin dudarlo. (Charabati, 2018, p. 67)

La escuela es un espacio fundamental para ser mexicano y seguir siendo judío junto con otros judíos, que no viven en comunidad como los mesoamericanos. Con esta convivencia comunitaria cotidiana en la escuela, se busca y se logra fortalecer el carácter colectivo del pueblo judío, por lo que el desinterés por la cultura propia no afecta la transmisión de lo judío, y la escuela no funciona en ellos como una institución de desplazamiento cultural o de franco etnocidio, porque la reproducción cultural desde instituciones propias está garantizada. La escuela es para ellos un espacio de socialización de los judíos y de formación mexicana, más que un ámbito de formación judía, que aspira a serlo pero que su “fracaso” no implica un disfuncionamiento en la reproducción cultural. La escuela sirve para lo que les interesa.

Es de destacar que, a pesar de las medidas tomadas por el colegio para igualar el estatus de las materias judaicas a las del programa oficial, y a pesar de constituir un segmento importante del tiempo escolar, éstas siguen siendo desvalorizadas. (Charabati, 2018, p. 74).

Interculturalidad

Los judíos en México buscan el diálogo cultural, lo generan. Aunque sus condiciones no son de igualdad, no son de desigualdad. Pero sobre todo, pueden acercarse a la cultura dominante y al Estado que la promueve porque no son objeto de colonización. No hay interés ni riesgo de que el Estado mexicano quiera colonizar a los judíos, no existe la intención de

imponer a los judíos la religión católica, las costumbres y el nacionalismo. Se les deja ser mexicanos a su manera, no a la manera del Estado. Puede ser porque no se les considera plenamente como parte de la nación pero seguramente porque no son un peligro para la nación. No tienen tierras qué reclamar, ni historia que reivindicar, ni derechos de antigüedad, incluso hasta pueden ser aliados en el desarrollo capitalista del país. Entonces, pueden buscar dialogar con la cultura dominante porque no tratará de ejercer contra ellos su dominación. El colonialismo mexicano y el etnocidio no son un riesgo para los judíos. Tal vez la discriminación lo ha sido, pero construyeron su fortaleza en sus comunidades basadas en su ser cultural, diferente, para encontrar formas de coincidir con la sociedad nacional en condiciones de igualdad.

Aquí hay una diferencia clave con la situación indígena, pues la desigualdad con los dominantes y la persecución cultural del Estado colonialista hacia los pueblos mesoamericanos impide pensar en dialogar. Si la imposición es necesariamente monólogo, entonces no hay posibilidad de un diálogo dialógico, es decir, no inventado o supuesto.

Para la educación judía la interculturalidad como enfoque que valora la diversidad es insuficiente. Ellos construyen las condiciones del diálogo intercultural desde la fuerza y coherencia de su proyecto propio, colectivo, arraigado en su historia cultural. Eso es ejercer un derecho al que tienen derecho y se debe valorar, estemos o no de acuerdo con la ideología sionista en que se sustentan.

Referencias

Las páginas web oficiales de cada escuela, de donde se tomaron los textos aquí reproducidos, son:

Colegio Hebreo Tarbut: <https://www.tarbut.edu.mx/>

Colegio Maguen David: <https://chmd.edu.mx/>

Colegio Yavne: <https://yavne.edu.mx/>

Universidad Hebráica: <https://www.uhebraica.edu.mx/filosofia/>

Bibliografía

- Bokser, J. (1992). Encuentro y alteridad: vida y cultura judía en América Latina. UNAM/UHJ.
- Charabati, E. (2012). La transmisión del legado de los judeoalepinos en México. [Tesis de doctorado en pedagogía]. UNAM, Facultad de Filosofía y Letras.
- Charabati, E. (2018). Saberes de resistencia. La educación escolar de una minoría: los judíos de Alepo en México. En B. Baronnet, G. Carlos y F. Domínguez (coordinadores), *Racismo, interculturalidad y educación en México* (pp. 63-85). Universidad Veracruzana.
- Dayan, R. y D. Roitman (2016). Comunidad de Comunidades: los judíos en México. *Cuadernos Judaicos*, 33 Diciembre, pp. 88-115.
- Enlace Judío (2016). Marranos. <https://www.enlacejudio.com/2016/05/22/marranos/>
- Enlace Judío (2020). Cuántos judíos hay en el mundo. <https://www.enlacejudio.com/2020/05/14/cuantos-judios-hay-en-el-mundo/>
- Goldsmi, Sh. (2010). Judeo-mexicanos: gestación de una identidad. *Historia y Gráfica*, 35, pp. 87-118.
- Lomba, P. (2012). Marranismo y disidencia. Un origen hispánico de la crítica moderna. *Daimon: Revista Internacional de Filosofía*, 57, pp. 67-80.
- Mancera, A. (2017). Comunidad Judía e Israelita en México. DOI:10.13140/RG.2.2.27647.48800
- Molina, J. (2024). De conversos a marranos. Proselitismo y estigmatización visual (1391-1492). En J. Molina (ed.). *El Espejo Perdido. Judíos y Conversos en la España Medieval* (pp. 70-91), [Catálogo de Exposición]. Museo Nacional del Prado, Museo Nacional d'Art de Catalunya.
- Schoenman, R. (1988). *La historia oculta del sionismo*. Veritas Press. Edición digital por: Marxist Internet Archive (marxist.org).

